

mente, ignorándose sus causas,<sup>1</sup> y siendo lo más sensible que en los años siguientes no hubiese desaparecido del todo, pues aún periódicamente hace estragos en aquella comarca.

Los temblores fueron terribles el año de 87. El 28 de Marzo de este año, á las doce del día, se sintió un espantoso movimiento que duró cerca de cinco minutos, repitiendo en la tarde y en la noche con sacudimientos varios. En Acapulco también se sintió. El mar se vió correr en retirada, y luego crecer y rebosar sobre el muelle, repitiéndose esto varias veces por espacio de veinticuatro horas, al mismo tiempo que la tierra se cernía con frecuentes terremotos. En la playa abierta salieron de caja las aguas del mar, derramándose con fuerza y arrastrando entre sus ondas gran cantidad de ganado, que pereció. Algunos costeños, como el mayordomo de la hacienda de D. Francisco Rivas, regidor de Oaxaca, pudieron salvar sus vidas encaramándose en los árboles hasta que se retiraron las aguas. Algunos pescadores, en la barra de Alotengo, á las once horas de ese día, vieron con asombro que el mar se retiraba, dejando descubiertas, en más de una legua de extension, tierras de diversos colores, peñascos y árboles submarinos, y que retrocediendo luego con la velocidad con que se había alejado, cubría con sus ondas los bosques de la playa, en que se internó más de dos leguas, dejando entre las ramas de los árboles, al volver á su caja, muchos y variados peces muertos; algunos de los pescadores perecieron, y otros pudieron salvarse muy estropeados.<sup>2</sup> Hasta el 3 de Abril se habían contado treinta y cinco terremotos en Ometepepec. En Tehuantepec arruinó el mismo temblor la iglesia del barrio de San Sebastian, rompió los muros del templo principal y fué acompañado por espantosos rugidos

<sup>1</sup> Vease la Gaceta de Agosto de 1786.

<sup>2</sup> Carta del alcalde mayor de Iguaplan. Gaceta de Mayo de 1787.

del mar, que arrojó á la playa peces y conchas de extraña figura.<sup>1</sup>

El 29 del mismo mes, por orden del Sr. Ortigosa se determinó sacar en procesion á la venerada imágen de Nuestra Señora de la Soledad para aplacar la ira del cielo. Efectivamente, la procesion salió; mas al pasar el sagrado bulto bajo el arco de la puerta del cementerio, se movió el suelo con extraordinario furor: el arco parecía desplomarse y la clave caer sobre la cabeza de la Santísima Virgen: entónces se oyó un grito que arrojaba aquella multitud angustiada. La perturbacion de todos fué tal, que no pudo continuar la procesion, retirándose á su templo la santa estatua.

El siguiente día, Viérnes de Dolores, 30 de Marzo, á las once de la noche, se sintió otro terremoto más fuerte que los precedentes. El Mártes Santo, 3 de Abril, á las nueve de la mañana, se sintió otro más fuerte aún que los anteriores: el movimiento fué tan grande, que las piedras saltaban del suelo, ni podían las gentes tenerse en pié. Las torres de San Francisco cayeron al suelo y la misma suerte corrieron otros muchos edificios, maltratados ya en extremo por las sacudidas de los anteriores días. Las gentes abandonaron sus casas, dejándolas abiertas con todo cuanto poseían, y se retiraron á las plazas y al campo, durmiendo en chozas de zacate ó bajo de tiendas, permaneciendo así cuarenta días que duraron los terremotos. El corregidor, que era D. José Mariano del Llano, sacó á los presos de la cárcel para que no perecieran bajo los escombros, dictando otras providencias muy acertadas en las circunstancias y de que la ciudad le quedó vivamente reconocida.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Carta del teniente coronel D. Tomás de Mollinedo, alcalde mayor de Tehuantepec. Gaceta de México correspondiente á Mayo de ese año.

<sup>2</sup> Estos terremotos se extendieron igualmente á Puebla y México. Veanse los Diarios de José Gómez, págs. 266 y sigs., y la continuacion de "Los tres siglos de México," por D. Carlos Bustamante.

8.—Dos circunstancias se hicieron notables en estos terremotos, que fueron llamados de San Sixto: la una, que nadie se aprovechó del terror comun y del abandono en que quedaron por muchos dias los intereses de todos para cometer el más pequeño hurto: prueba de la moralidad de aquellos tiempos que aún se recuerda con tristeza por la generacion presente, que está muy léjos de aquellas buenas costumbres, cuya pérdida con razon se lamenta. La segunda cosa notable se encuentra consignada en la continuacion de la Historia de tres siglos, de Cavo, por Bustamante, á cuya autoridad me refiero en lo que valga al referir el hecho siguiente: En la casa de D. José Alonzo Romero, escribano de cabildo á la época de los temblores, se encontraba hospedado el cura de Yolos, D. José Arce. El 28 de Marzo, poco ántes del primer terremoto, llamó á cuantos habitaban la casa, y los sacó á la calle, anunciándoles el peligro á que en breve se iban á ver expuestos: el hecho confirmó el vaticinio. Este cura se fué á vivir á la plazuela del Cármen, como otros muchos, y allí era el comun oráculo, prediciendo con seguridad y exactitud la hora en que habia de temblar la tierra y si el temblor habia de ser fuerte ó suave. El mismo explicó el modo con que conocia esto, por cierto ruido interior que sentia en la cabeza y que tenia bastante regulado para no errar en sus vaticinios, sin pretender por lo mismo que lo tuviesen por adivino.

Estos terremotos fueron precedidos y seguidos de otros que no se pueden referir uno á uno por su excesivo número, tal que se llegó á decir que en todo el año de 87 apenas habia pasado dia sin algun sacudimiento, siendo preciso limitarse á dar noticia de los más estragosos, los que además se entretejieron con algunos fenómenos naturales dignos de recuerdo. En 15 de Diciembre de 1783 cubrió los campos de Teotitlan del Valle una gran nevada, muy extraña sin duda en aquellas latitudes. Fué acompañada de ruidos subterráneos y seguida de copiosísimos aguace-

ros que no fueron ménos dañosos á las sementeras que la tenaz seca de los meses anteriores.<sup>1</sup> Repentinamente se suspendian por muchos meses las lluvias y extemporáneamente sobrevenian con tal abundancia, que las calles se trasformaban en rios y las casas quedaban inundadas. Calores extraordinarios, heladas rigorosas, huracanes deshechos, descargas espantosas de piedra y tempestades acompañadas de prolongados ruidos subterráneos tenian de continuo atemorizados los ánimos.<sup>2</sup>

El 23 de Mayo de 1793 se cubrieron los montes vecinos á la ciudad de una neblina espesa, de modo que no se veian: parecia una lluvia nutrida. El sol alumbraba con luz rojiza y opaca, como cuando se eclipsa por la interposicion de la luna. A las dos de la tarde cayó una llovizna delgada que poco despues se advirtió era ceniza de que se cubrieron las calles, cementerios y azoteas. El dia 24, los montes se mantuvieron con el mismo aspecto y la ciudad con iguales nublados, esperándose que, como el dia precedente, lloviese ceniza.<sup>3</sup> Se presumió con fundamento que tales cenizas hubiesen tenido su procedencia del volcan de Tuxtla que en los dias 22 y 23 del mismo mes las arrojó en grandes nubes que cayeron en su mayor parte sobre los campos vecinos. El 2 de Marzo del mismo año las habia vomitado tambien con muchos truenos y estragos de llamas, pero las cenizas habian seguido distinta direccion alcanzando grandes distancias.<sup>4</sup>

Se dieron algunos casos notables de longevidad. Un enano, de una vara de estatura, bien proporcionado, murió en el hospital de San Cosme, de noventa años de edad. En Coixtlahuac murió un indio de ciento cincuenta y seis años.

<sup>1</sup> Gaceta de México de 28 de Enero de 1794.

<sup>2</sup> Veanse en las Gacetas de México todas estas noticias.

<sup>3</sup> Gaceta de México de Mayo de 1783.

<sup>4</sup> Gaceta de México de Julio.

En la ciudad falleció una mujer, nieta de un soldado tambor de Hernan Cortés.

Comenzaron á llamar la atención pública el árbol del Tule y los globos aereostáticos. El primero, medido cuidadosamente, dió de circunferencia, cerca del pié, cuarenta varas justas. Alguien llevó de Veracruz uno de los segundos. Al elevarse en Oaxaca produjo gran sensación en el público, que se dió al placer de los globos todo el año de 85.

Entre tanto los terremotos continuaban repitiéndose con mucha frecuencia. En 1794, las lluvias se retardaron hasta que las rompió en Julio un fuerte sacudimiento. El que aconteció el 23 de Marzo de 95 fué tan fuerte, segun algunos, como el que habia desolado á Oaxaca en 87. Los fuertes edificios de Santo Domingo y el Cármen, que ningun daño habian recibido en éste, se quebrantaron en el de 95, que tambien rompió el templo de la Consolacion, ya lastimado por una descarga eléctrica.

Otros cuatro templos estaban en ruina por efecto de los temblores: el Patrocinio, la Defensa, el Sagrario y Coronacion. Se debió la reparacion del primero á las limosnas de un oaxaqueño; el segundo se destinaba ya por el obispo á camposanto, cuando los vecinos se determinaron á reconstruirlo con sus limosnas, como en efecto lo hicieron. En la compostura del Sagrario y Consolacion se gastaron crecidas sumas.

El templo de Nuestra Señora de la Merced, envejecido y deteriorado notablemente, fué renovado por la solicitud del comendador Fr. Isidro Escalera, visitador general que fué de su provincia, quien cubrió el templo con graciosas bóvedas, doró el principal retablo y lo adornó con excelentes esculturas, reconstruyendo igualmente el convento: no habia terminado del todo su obra, cuando la derribó el temblor de 87. Esta contrariedad no entibió el ánimo del comendador, que con nuevo esfuerzo comenzó la reedificacion de su templo: le daba la última mano, cuando un nuevo

terremoto, sobrevenido el año de 89, otra vez lo arrojó por tierra, por lo que tercera vez el infatigable Escalera emprendió aquella fábrica, coronándola en fin felizmente el año de 91.

9.—A estas calamidades enviadas por el cielo habia que agregar algunas otras penalidades preparadas por la mano de los hombres. España, que en épocas no lejanas brillaba en la cumbre del poder y de la gloria, ahora resbalaba en una pendiente cada vez más rápida: el que rige los destinos de las naciones la encontró culpable, y si no resolvió eliminarla de la tierra, sí le señaló un castigo terrible con que expiase sus pasadas faltas: empujada, pues, por su destino, caía de un barranco á otro, precipitándose en una gran ruina, y haciendo participar de sus penalidades y miserias á las colonias más lejanas. Enredada en las mallas de una política inepta, se comprometia cada día más, envolviéndose en guerras, ya con Francia, ya con Inglaterra, funestas para ella y más aún para las provincias de ultramar. Ya hemos visto cómo los excesivos gastos de la metrópoli obligaban á los vireyes de México á multiplicar las gabelas empobreciendo á los pueblos, al mismo tiempo que el comercio se enervaba y se paralizaban los giros más importantes por las mismas causas, pues Oaxaca, cuya riqueza principal era la grana, veía con tristeza muchos miles de zurroneos detenidos en Veracruz por falta de buques que los condujesen á su destino. Notemos ahora otro grave inconveniente que produjo la guerra y que fué causa de disgusto profundo y general.

Temíendose una invasion en el suelo mexicano, se mandaron formar por la autoridad cuerpos de milicias provinciales, que disciplinadas estuviesen prontas á la defensa de la patria. A Oaxaca tocó dar tambien su contingente de sangre. Las tropas levantadas en tiempo del virey Mayorga se mandaron situar en Orizaba y en Tlaxcala, por temor

de una agresion repentina de enemigos. El marqués de Branciforte <sup>1</sup> dice que encontró extinguidos los cuerpos de milicias provinciales, lo que no se debe entender de un modo absoluto, pues en Oaxaca se conservó entero un batallón desde Setiembre de 1784, al mando del coronel, caballero de Santiago, D. Juan Francisco Echarri, cuyas frecuentes ausencias suplían el sargento mayor D. Luis Ortiz de Zárate, D. Pedro García Enriquez, D. José Quián y D. Faustino Manero. El mismo virey le da cuatrocientas veintitres plazas y afirma que estaba bien disciplinado; concurrió á formar el canton de Orizaba, y luego, por mandato de Asansa, como el resto del ejército, volvió á la provincia de su origen. Además, se formaron en varios pueblos de la mixteca compañías sueltas, y para la defensa de las costas se destinaron la cuarta y quinta division del Sur que constaban de mil cuatrocientos treinta hombres de infantería repartidos en Tehuantepec y Costa chica. <sup>2</sup> El regimiento de caballería provincial de Tehuantepec se confió al coronel D. Miguel Bejarano, <sup>3</sup> y las tropas de la Costa chica, para su organizacion, se encomendaron á D. Pedro de Laguna, cuyos proyectos nunca llegaron á plantearse; estas últimas fuerzas desempeñaron, sin embargo, un papel importante en la guerra de Independencia. <sup>4</sup> Posteriormente, de todos los cuerpos de milicias de la nacion, segun plan aprobado por el rey, se formaron diez brigadas, tocando á la de Oa-

<sup>1</sup> En la instruccion á su sucesor, núm. 38, 43 y sigs.

<sup>2</sup> Resúmen general de las fuerzas de Nueva España, formado por el marqués de Branciforte para instruccion de su sucesor.

<sup>3</sup> Gaceta de Setiembre de 84.

<sup>4</sup> Aunque comisionado, dice el virey Branciforte en la instruccion á su sucesor (núm. 59), el teniente coronel de artillería D. Pedro de Laguna para las revistas y reconocimientos de las compañías de la costa de Oaxaca, ha instruido un completo informe fundando nerviosamente sus proposiciones, no he podido tomar providencias, etc.

xaca, que era la sétima, por comandante, el teniente coronel D. Bernardino Bonavia. <sup>1</sup>

Para levantar estos cuerpos de milicias provinciales, de las listas de contribuyentes se sacaban por suerte los destinados al servicio; y como los indios estaban excluidos y los españoles eran destinados á la clase de oficiales, necesariamente recaía la suerte sobre los mestizos. Si se reflexiona, pues, que por dos siglos, casi no se habian visto soldados en Oaxaca; que la imaginacion impresionable de las mujeres que contaban á sus hijos ó hermanos en esa profesion, fácilmente se los representaba heridos en el campo de batalla, y que para hacer tamaño sacrificio no eran movidos por el amor á la patria, pues concebían que solo se trataba de sostener los intereses y acaso los caprichos de un rey desconocido, se comprenderá el horror con que miraban el servicio militar. Indescriptible era el espanto con que se preparaban á los nuevos sorteos destinados á reemplazar las vacantes de los que habian muerto en el acantonamiento de Orizaba y Tehuacan, pues en el seno de la familia se juzgaba que cada miembro de ella que ingresaba en la milicia era una víctima destinada seguramente á la muerte más cruel y desgraciada.

Ni dió el batallón oaxaqueño otra utilidad que la de representar en el llano de Guadalupe algunos simulacros de batallas y de hacer descargas de fusilería en las honras fúnebres y en las fiestas de coronacion de los monarcas de España. Los días 13 y 14 de Octubre de 93 se celebraron en efecto las solemnes exequias de Carlos III: la ciudad se vistió de luto, la catedral se decoró suntuosamente, y los poetas y cradores aprovecharon la ocasion para ostentar sus talentos; el duelo se recibió en la casa del Presidente de Guatemala. El 14 de Febrero del siguiente año fué proclamado Carlos IV; se iluminó la ciudad, se quemaron fue-

<sup>1</sup> Inst. del virey Marquina á su sucesor, núm. 169.

gos artificiales, se arrojaron al pueblo platillos y monedas de plata y terminaron las fiestas con tres días de bailes en las casas del ayuntamiento. <sup>1</sup> En Tehuantepec bailaron ocho días y corrieron toros en honor de Carlos IV.

10.—Entretanto el Illmo. Sr. Ortigosa se multiplicaba para atender y socorrer todas las necesidades. Tomaba parte por medio de los párrocos en los sorteos, haciendo reclamos oportunos y justos al gobierno y librando con su actividad del temido servicio militar á muchos de sus súbditos. Solicitaba con afán dinero para el sosten de la monarquía española, pero no olvidaba subvenir á las necesidades de los pobres. En limosnas y fundaciones piadosas, miéntras fué obispo, distribuyó 299,386 pesos 5 reales 3 granos, entrando en esta suma el depósito de la alhóndiga, ó más bien las cantidades destinadas al acopio de semillas de reserva que el obispo había reunido con trabajo y de que dieron buena cuenta las revoluciones posteriores. Pero miéntras se mostraba magnífico en sus liberalidades, él mismo vivía y comía pobremente, remendando con sus manos y poniendo parches á sus vestidos. El Sr. Ortigosa fué sin duda un santo obispo, solícito sin cesar de los difíciles deberes del pastor de almas; mas él, temeroso de no cumplirlos, después de ceñir quince años la mitra de Oaxaca, renunció esta dignidad el año de 1790. Continuó, sin embargo, administrando hasta Enero de 93, en que para mudar de aires y esperar el éxito de su dimisión se dirigió á Tehuacan. El 31 de Enero de ese mismo año se declaró vacante la sede episcopal. Parece que el clero vivía de mala gana sujeto á las severas leyes del Sr. Ortigosa, pues no fué tan pronto éste en salir de la ciudad como aquel en hacer ostentación de infringirlas, al extremo de ser el primer acto del cabildo eclesiástico la publicación de un edicto en que se in-

<sup>1</sup> Gaceta de Marzo de 94.

culpaba al clero por semejante desorden. <sup>1</sup> Los teatros, los bailes y el juego eran la distracción favorita del pueblo. Se notaba que no influían ya en las costumbres los antiguos ejemplares dominicos, ni estaban presentes los incansables jesuitas, pues los oaxaqueños, con el placer, comenzaban á apurar el tósigo de la inmoralidad.

El Sr. D. Gregorio Omaña, que sucedió á Ortigosa, se consagró en Tacubaya el 24 de Febrero y entró en Oaxaca el 6 de Mayo del mismo año: había sido electo desde 1791. Se cuenta una anécdota, que consigno aquí por serle en extremo honrosa á su predecesor. A la llegada de Omaña, el Sr. Ortigosa recibió al nuevo obispo en su casa y en su mesa, presentándole un servicio humilde. Llamando la atención del Sr. Omaña que la vajilla fuese de barro comun, se propuso obsequiar al huésped con una magnífica vajilla de plata de su propiedad. El Sr. Ortigosa aceptó la donación, con estas palabras: "Vuestra Señoría tuvo muy feliz inspiración; adivinó que no tenía ya dinero para socorrer á mis pobres." Y en efecto, la vajilla se vendió y el precio se repartió aquel mismo día entre los pobres. Murió este santo obispo en 1796. En las honras fúnebres que le consagró su catedral de Antequera, pronunciaron su elogio los canónigos Villela y Vasconcelos. <sup>2</sup>

El Sr. Omaña no era ménos limosnero. Durante el corto período de su pontificado, repartió entre los necesitados, por mano de su mayordomo, la cantidad de 78,500 pesos, entrando en esta suma las pensiones que tenía la mitra, los censos, donativos al rey, etc. Era natural de Tianguistengo, y al ser electo para la mitra de Oaxaca, obtenía en la iglesia metropolitana la dignidad de arcediano. Era docto, de miras elevadas y de enérgico carácter, lo que segun parece le procuró algunos disgustos, principalmente de

<sup>1</sup> El edicto se publicó en la Gaceta de 26 de Febrero.

<sup>2</sup> Ambos discursos se imprimieron en Guatemala.

parte del cabildo que, componiéndose de españoles, no abrigan, según presumo, gran adhesión á su prelado por ser éste mexicano.

11.—La gran calamidad de ese tiempo era principalmente el gobierno que, con sus pedidos incesantes, no dejaba respirar al obispo, al clero ni al pueblo todo. Así, no debe extrañarse que el primer cuidado del Sr. Omaña al empuñar las riendas del gobierno, hubiese sido excitar á los curas y á todos sus subordinados á hacer un nuevo donativo para cubrir las necesidades de la guerra. El 6 de Mayo de 93 tomó posesión del obispado, y el 11 de Julio decía en una circular: "que además de contribuir los curas por su parte con la voluntaria contribución que se estaba colectando, excitaran á sus vicarios, notarios, sacristanes, etc., á hacer lo mismo con prontitud y gustosamente." Mientas el cabildo se suscribió con 2,000 pesos anuales, el mismo obispo lo hizo con 3,000 y escribió una carta instructiva y exhortatoria sobre la justicia de la guerra, estimulando al clero á los subsidios que se pedían. Remitidas á su destino las fuertes cantidades que se reunieron en esta ocasión, no por eso cesaron las demandas. El cabildo, gobernador en la muerte del Sr. Omaña, el vicario capitular en sede vacante y el obispo siguiente, Sr. Bergosa, continuaron estas mismas molestas tareas, pues la autoridad se servía principalmente de los obispos y del clero, por su eficaz influencia sobre el pueblo, para procurarse aquellos recursos. Estos donativos tenían lugar, sin perjuicio de las contribuciones ordinarias ni de otras providencias extraordinarias que se tocaban con buen éxito, como la de la consolidación.

Entretanto, ni los temblores ni las viruelas se alejaban mucho tiempo de ese suelo. Esta enfermedad, que varias veces había recorrido el territorio del Estado, llevando por donde quiera el horror y la muerte, hacía el año de 96

apareció en Tehuantepec, amenazando con sus estragos á toda la nación. Al invadir el pueblo de Teotitlan del Valle, el intendente trató de impedir que adelantase el contagio, poniendo un cordón sanitario de tropa y mandando que se levantasen hospitales allí. Estas disposiciones produjeron un motin, pues ofendidos de ellas los indios, se levantaron en tumulto el 8 de Octubre, sacando á mano armada á sus enfermos y llevándolos á sus casas. El desorden no pasó á más, por haber acudido oportunamente dos compañías de la ciudad, con que arrestados los principales cabecillas, todo quedó tranquilo. Sin dejar de hacer numerosas víctimas, amainó sin embargo algo su furia esta peste desde que se extendió la vacuna en la expedición que con este fin hizo Balmis.

Por lo que hace á los terremotos, se dejó sentir uno en la ciudad la noche del 5 de Octubre de 1801, tan fuerte que arruinó varios edificios, entre ellos el convento nuevo de la Concepción que ántes había sido colegio de jesuitas: el hermoso cimborrio del templo, que era sólido y magnífico, vino al suelo. El Cármen de abajo también parece que arrojó á tierra su techumbre de madera. Se obstruyeron algunos caminos, se derrumbaron varios cerros, se abrieron no pocos manantiales y se mudó en varias partes la faz de los terrenos. Jamás se había visto tan grande estrago. En la ciudad hubo siete muertos y ochenta heridos, que fueron llevados al Hospital Real. El convento de los jesuitas había pasado por donación del rey á las monjas concepcionistas, que habían sido trasladadas á él desde 12 de Abril de 1790, á la una de la madrugada: quedó inhabitable, siendo necesario volverlas esta vez á su primera casa, en donde permanecieron hasta que el Sr. Perez reparó el convento en época posterior.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Gacetas de México.—Bust. en la continuación de los Tres siglos de México, pág. 233.